NOTA CRITICA

LA DEMOCRACIA LIBERAL Y SU EPOCA*

THOMAS M. SIMPSON

La superación de la religión como felicidad ilusoria del pueblo es la exigencia de su felicidad real.
CARLOS MARX

La felicidad pertenece a los sueños.
BAUDELAIRE

1. Este libro breve y compacto contiene una exposición didácticamente atractiva, que combina el análisis teórico, la descripción histórica, la crítica moral y social y la utopía del propio Macpherson: la "democracia liberal participativa". El autor no carece de agudeza, y sus lectores agradecerán, sin duda, el rico conjunto de datos y citas reveladoras extraídas de los clásicos del liberalismo. Pero éstas y otras virtudes están "equilibradas" por tesis muy fuertes sin ningún fundamento visible, un suave despliegue de dogmatismo, llamativas apelaciones a conceptos oscuros, cierto grado de arbitrariedad en relación con los temas éticos o valorativos, y una desconcertante debilidad de la propuesta de "democracia participativa" con que finaliza el libro. El balance general es, sin embargo, el de una obra estimulante, digna de ser leída, que constituye una buena base para la discusión de un tema de apremiante actualidad.

La "Introducción" expone el problema central y ofrece la estructura temática de los cuatro capítulos restantes. El problema se expresa con esta pregunta inicial: "¿debemos considerar que la democracia liberal está a punto de desaparecer?". Su respuesta doble y condicionada revela de inmediato la índole de su enfoque:

> *"Sí,* de suponer que se entienda la democracia liberal como la democracia de una sociedad capitalista de mercado (por muy modificada que parezca [. . .] por el Estado de Bienestar); *no forzosamente,* si se entiende que democracia liberal significa, como interpretaban Stuart Mill y los demócratas liberales éticos [. . .] una sociedad en la cual todos tengan libertad igual para realizar sus capacidades" (p. 9; la bastardilla me pertenece).

Esta respuesta pone de manifiesto varias cosas:

a) que para el autor la conexión entre democracia y capitalismo es his-

* C. B. Macpherson, Madrid, Alianza Editorial, 1981, 148 pp.

tóricamente contingente, y por lo tanto la democracia liberal es compatible con otro tipo de sistema económico;

b) que la democracia liberal es *ya* incompatible con la sociedad capitalista de mercado;

c) que esta sociedad sólo ha sido modificada "en apariencia" por los cambios legales, sociales y económicos que llevaron al llamado "Estado del Bienestar";

d) que la democracia liberal no es simplemente "una forma de gobierno" o un "sistema político", constituido por cierto conjunto de instituciones, derechos y libertades,[1] sino una "forma de sociedad", caracterizada por la libertad igual para realizar las capacidades de sus miembros;

e) que hay un liberalismo "ético", y otro que no lo es.

Estas estimaciones y discriminaciones son desarrolladas, con despareja extensión, a lo largo del libro.

En la misma página Macpherson justifica el carácter doble de su respuesta apoyándose en la ambigüedad del término "liberal": "Porque 'liberal' lo mismo puede significar la libertad de los fuertes para aplastar a los débiles mediante [. . .] las normas del mercado, que una libertad efectivamente igual para que todos desarrollen sus capacidades".[2]

El autor no explica en qué consiste esa "libertad efectivamente igual", y en general no apoya en argumentos las afirmaciones de su introducción. Cabe entender, sin embargo, que no se trata de la mera libertad "negativa" (no interferencia de terceros), sino al menos de ésta más el agregado de condiciones que garanticen su ejercicio.[3] En cuanto al punto

---

[1] "Hemos usado 'democracia' para significar no sólo con un conjunto de instituciones políticas como el sufragio universal, el gobierno parlamentario y las decisiones por el procedimiento de la mayoría, sino también un conjunto de principios que tales instituciones tienden a realizar, como la responsabilidad de los gobernantes (expresada en la publicidad de los actos de gobierno y el conocimiento público de sus motivos) [. . .] la libertad de prensa [. . .] la libertad de asociación" (S. I. Benn y R.S. Peters, *Social Principles and the Democratic State*, London, George Allen and Unwin Ltd., 1959, p. 355).

[2] "La libertad de los fuertes para aplastar a los débiles" es el resultado de lo que llama Popper "la paradoja de la libertad", que surge del concepto de "libertad irrestricta para todos", y una de cuyas formas es "la paradoja de la libertad económica ilimitada". Es esta paradoja lo que motiva su teoría del "intervencionismo económico", destinado a proteger la libertad de los débiles en el marco de la democracia, y que según Popper caracteriza al capitalismo moderno, en contraste con el "capitalismo sin trabas" de la época de Marx. Cf. *The Open Society and its Enemies* (Princeton University Press, 1971), vol. 2, cap. 17, p. 124.

[3] Mi amigo Martín Farrel ha tenido la gentileza de señalarme que estas dos condiciones equivalen conjuntamente al concepto de "libertad positiva" de Isaiah Ber-

b), la "Introducción" agrega (p. 10) que "el apetito de libertad se ha hecho ya demasiado grande para su envoltura capitalista de mercado", parafraseando así una célebre sentencia de Marx acerca de la fatal incompatibilidad entre la centralización y crecimiento de los medios de producción y "su envoltura capitalista" (*El capital*, t. 1, cap. XXIV, secc. 7). Pero en las pp. 32-33 expone parcamente un argumento relacionado con el hecho histórico de que la democracia liberal apareció en una sociedad de escasez, condición ya superada por la productividad del capitalismo.

Según el autor, "La libertad del hombre para realizar sus capacidades humanas es el principio ético clave del liberalismo" (p. 10), frase que no concuerda con su distinción entre liberalismo ético y no ético (como se verá en detalle más adelante), lo cual oscurece el punto *e)*. Una interpretación ecuánime es que el autor se refiere al "liberalismo ético" exclusivamente, y no al liberalismo en general.

El punto *c)* es clarificado en la p. 15:

> "Decir, como acabo de hacerlo: 'la sociedad en la que ha de actuar el sistema político', parece sugerir [. . .] que la democracia no es más que un mecanismo para elegir gobiernos [. . .] o lograr que se promulguen leyes y adopten decisiones políticas. Pero [. . .] desde Mill y John Dewey se ha entendido la democracia como una calidad que impregna toda la vida [. . .] de una comunidad, [. . .] como un tipo de sociedad. Algunos teóricos [. . .] insisten en mantener separados estos dos sentidos. Algunos prefieren excluir totalmente el segundo sentido [. . .]. Pero en todo análisis realista los dos sentidos se funden".

Importa recalcar las graves repercusiones de estas divergencias semánticas. El propio autor no es consecuente con su inclinación terminológica, como lo confiesa en el párrafo anterior; no advierte sin embargo que su noción de democracia liberal como tipo de sociedad oscurece el sentido de los puntos *a)* y *b)*, ya que éstos sólo pueden entenderse desglosando analíticamente el sistema político de la sociedad global, que incluye el sistema económico. Por otra parte, no es cierto en absoluto que "en todo análisis realista los dos sentidos se funden". Se puede asegurar, por el contrario, que la fusión de los dos sentidos *dificulta todo análisis realista*, pues impide establecer conexiones explicativas entre variables diferentes de la sociedad global, como el sistema político y los cambios sociales y económicos. Nos impide decir, p. ej., que la existencia de un sistema político democrático es una condición necesaria, pero no suficiente, de una sociedad justa.

---

lin. Para un análisis del tema véase su trabajo sobre las relaciones entre libertad negativa y libertad positiva, en la *Revista Latinoamericana de Filosofía*, de próxima aparición.

Focaliza además en el sistema político (la democracia liberal) los problemas de la sociedad entera, incrementando así su debilidad intrínseca, como responsable universal de todos los males. Finalmente, la inclinación de Macpherson por el uso globalista del concepto de democracia lo conduce a realizar afirmaciones paradójicas: en la p. 75 sostiene impávidamente que cierto sistema de democracia liberal con voto calificado, propuesto por John Stuart Mill, es "moralmente más democrático" que otro sistema que establece el sufragio universal, en virtud de que a Macpherson le gusta más la concepción del hombre que sustenta Stuart Mill.

Macpherson examina a lo largo del libro cuatro "modelos" de democracia liberal, constituidos por las concepciones de diferentes teóricos liberales: el modelo N° 1 (Bentham y James Mill); el modelo N° 2, que se desdobla en los modelos 2 A (J. Stuart Mill) y 2 B (sus seguidores); el modelo N° 3 (Schumpeter), y el modelo N° 4 (Macpherson), que se desdobla en los modelos 4 A y 4 B. Se trata, en realidad, de seis modelos, lo que prueba que en las ciencias sociales puede ser verdad que 4 = 6. Al examen y crítica de estos modelos corresponden respectivamente los capítulos I-IV.

2. Estos modelos son teorías acerca de lo que *debe ser,* y sus conexiones con la realidad histórica de los siglos XIX y XX son variadas y complejas. Excluyen además a precursores como Jefferson y Rousseau. El mismo Macpherson explica detalladamente las razones de esta exclusión: "Cabe preguntarse por qué optar, como he hecho, por no retroceder más allá del siglo XIX" (p. 18). Su respuesta se deriva de su diagnóstico acerca de cuáles son "los problemas más graves [. . .] de la democracia liberal": ". . . los problemas más graves [. . .] del presente y del futuro de la democracia liberal se deben al hecho de que [. . .] se ha ideado para adaptar un plan de gobierno democrático a una sociedad *dividida en clases;* esto no se intentó, ni en la teoría ni en la práctica, hasta el siglo XIX, y por ende no debe incluirse a los modelos y visiones anteriores de la democracia entre los modelos de la democracia liberal" (p. 19). Este hecho determina la temática fundamental de la obra:

> "Si lo que nos preocupa es el posible futuro de la democracia liberal, hemos de prestar atención a las relaciones entre las instituciones democráticas y la estructura subyacente de la sociedad. Y existe una de esas relaciones (. . .) que cabe considerar decisiva. Se trata de la relación entre democracia y clase" (p. 19).

El sentido exacto de estas afirmaciones depende de los conceptos de "clase" y "sociedad dividida en clases". Macpherson ofrece dos definiciones diferentes de "clase", una en la p. 21 y otra en la 31. De acuerdo con

la primera, "una clase está formada por quienes tienen las mismas relaciones de propiedad de tierras productivas y/o capital", lo que según el texto parecería implicar que en los siglos XVIII y XIX las mujeres constituían una clase social.[4] Macpherson lo niega y discute esta cuestión en detalle, sin omitir una interesante comparación con los esclavos en la sociedad antigua (p. 30). En virtud de la segunda caracterización, "el criterio de clase" está dado por "la relación salarial, una relación estrictamente de mercado". Macpherson parece no advertir que esta noción de clase contiene la semilla de una dificultad patética para la solución de un "problema" que formula en la página 80: "El motivo por el que el sufragio universal [. . .] no trajo consigo el gobierno de clase", ya que lo que él denomina "la clase económica numéricamente mayor" (los asalariados) engloba en su amplio seno no sólo a los obreros industriales sino también a los militares, gerentes de banco y sacerdotes pagados por el Estado.[5]

3. Un rasgo llamativo del libro, que exalta la importancia del elemento ético en la evaluación de los diferentes modelos, es su silencio absoluto sobre el contenido moral de las instituciones liberales existentes, lo que complementa con su arbitrariedad explícita en la calificación ética de los modelos estudiados. Afirma que sería muy fácil construir un modelo "de la democracia liberal actual" tal como existe "en casi todo el mundo de habla inglesa y en la mayor parte de Europa occidental" (p. 16); y entre las estipulaciones obvias del modelo incluye, naturalmente, "el sufragio universal e igual" y las diversas "libertades civiles", como "la protección contra la detención y el encarcelamiento arbitrarios". Pero estos rasgos de los sistemas liberales son mencionados al pasar; sólo se habla de la ética en relación con "la libertad para el desarrollo de las capacidades

---

[4] Otra vez Martín Farrell: le debo la oportuna observación de que la definición de Macpherson sólo implica que *las mujeres son todas integrantes de la misma clase* (la de los no propietarios), *pero no que constituyan una clase especial*. Cabe agregar que la posición del propio Macpherson es ambigua, porque también dice: "Es cierto que en la medida en que las mujeres no podían poseer propiedades entraban en nuestra definición mínima de clase" (p. 30).

[5] El tema del concepto de "clase" y de su valor explicativo es inevitable para todo el que se interese por el aparato categorial básico de las ciencias sociales. La bibliografía es infinita y no numerable. Para una discusión teológica entre marxistas acerca de este concepto, cf. la compilación *Clases y estructura de clases* (México, Nuestro Tiempo, 1981). Un examen de esta problemática y de aspectos no frecuentados del pensamiento de Marx puede hallarse en Torcuato S. Di Tella, *Sociología de los procesos políticos* (Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1985), cap. III.

humanas", que desempeña un papel central en el modelo 2 A de Stuart Mill, al que califica unilateralmente de "modelo ético", en nítido contraste con los restantes. Sólo puedo dedicar unas palabras al examen de esta unilateralidad. Para poner más claramente en evidencia la importancia de esta omisión, citaré una frase de Benn y Peters acerca del contenido ético del sufragio universal y las libertades civiles:

> "El principio de sufragio universal es una manera de dar reconocimiento práctico *al valor moral de cada hombre como una fuente de reclamos;* es también un modo de obtener que los gobiernos presten atención a éstos. Y el principio 'un hombre, un voto' (. . .) es una expresión de la igualdad *prima facie* que es básica a la idea de Justicia. Y sin las libertades de discusión y asociación, no hay modo de asegurar que un hombre tenga la posibilidad de formular un reclamo, y ninguna esperanza de recibir atención imparcial".[6]

4. El examen del modelo N° 1 (capítulo 2), al que Macpherson denomina "la democracia como protección" y considera "el modelo fundador de la democracia occidental moderna" (p. 57), constituye quizás la parte más estimulante del libro, pese a que la articulación lógica entre los principios involucrados presenta cierto carácter neblinoso, ya que la combinación (intrínsecamente interesante) de los aspectos teóricos e históricos afecta la nitidez del modelo examinado. Conviene adelantar que el carácter "protector" del modelo N° 1 se origina en la afirmación de que Bentham y James Mill enfrentaban un problema doble: "el sistema político debía producir gobiernos que [. . .] protegieran una sociedad de mercado libre, y que al mismo tiempo protegieran a los ciudadanos contra la rapacidad de los gobiernos" (p. 47). El resultado final del segundo requisito será el sufragio universal, en el marco de un sistema representativo.

Las bases del modelo N° 1 pueden condensarse en los puntos siguientes:

(i) el *supuesto* de una sociedad capitalista de mercado;

(ii) un *modelo de hombre* como maximizador de utilidades, según lo requiere (i);

(iii) *un modelo de sociedad* como un conjunto de individuos con intereses conflictivos;

(iv) un *Principio ético:* "Promover la mayor felicidad para el mayor número", donde felicidad = cantidad de placer individual una vez restado el dolor.

El modelo de hombre se apoyaba en el "postulado fáctico" de que cada

---

[6] S. I. Benn y R.S. Peters, *op. cit.*, p. 355; la bastardilla es mía.

individuo "trata de llevar al máximo su propio placer, sin límite alguno" (p. 38). Bentham suponía, además, "que la posesión de bienes materiales era algo tan básico para el logro de todas las demás satisfacciones que podía tomarse como la medida de todas ellas"; según Bentham, "A cada porción de riqueza corresponde una porción de felicidad" (p. 38). Macpherson cita también esta frase maravillosa: "El dinero es el instrumento con el que se mide la cantidad de dolor o de placer" (p. 38), que merece haber inspirado a Marx en su diatriba romántica contra la sacralización del dinero en la sociedad burguesa, diatriba cuya expresión clásica figura en el *Manifiesto comunista*. Un punto clave en el razonamiento de Bentham es su idea de que una de las formas de obtener riquezas es el poder sobre los hombres: "De ahí la sed universal de poder y el odio igualmente general al sometimiento". Es fácil prever que de aquí se deriva la necesidad de que exista un gobierno. En cuanto a la legislación deseable, es claro que las mejores leyes son las que se ajustan al principio de la ética utilitaria: "promover la mayor felicidad para el mayor número". Este era el objetivo principal de las leyes, divisible en cuatro objetivos subordinados; en palabras de Bentham: "facilitar la subsistencia, producir la abundancia, favorecer la igualdad, mantener la seguridad" (p. 38).

Macpherson examina en detalle las cavilaciones de Bentham acerca de estos objetivos. El resultado final es que las leyes sólo deben intervenir para garantizar la seguridad de la propiedad; los restantes ítems de la felicidad son librados a su suerte. Además, "entre la igualdad [la misma cantidad de bienes] y la seguridad la ley no debe titubear: 'la igualdad –dice Bentham– ha de quedar en segundo lugar' " (p. 43).

Bentham poseía un argumento importante en favor de la igualdad, derivado del Principio ético utilitario y de la ley de la utilidad decreciente (p. 41); esgrimía también un argumento general importante en favor de la seguridad, relacionado con las condiciones requeridas para una mayor productividad en un sistema de mercado (p. 43); y para equilibrar tanta sensatez sostenía dos argumentos claramente falaces: uno para probar que debía sostenerse *cualquier sistema de propiedad existente, incluyendo la esclavitud* (p. 44), y otro para probar la inconveniencia de toda posible redistribución de la riqueza (p. 45). En la discusión de estos temas Macpherson se adjudica innegablemente varios tantos, que la nobleza obliga a reconocer. Pero es imposible resistir la tentación de ayudarlo a Bentham con un poco de Marx, al menos en lo que se refiere al énfasis en las condiciones que aseguren la mayor productividad; pues es sabido que para Marx el desarrollo máximo de la productividad constituye nada menos que "la misión histórica del capital".[7] La pequeña diferencia entre

[7] "El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social constituye la misión

ellos consiste en que casi todo lo que era "eterno" para Bentham era efímero para Marx.

5. En la página 47 Macpherson se pregunta "qué tipo de Estado hacía falta para este tipo de sociedad". Ya hemos expuesto en la sección 4 el doble dilema de Bentham y James Mill. Se nos informa luego que "fue James Mill quien en 1820 adujo el argumento más vigoroso en pro del sufragio universal", elemento que el autor incorpora al modelo N° 1, que en este aspecto no correspondía en absoluto a la realidad histórica de Inglaterra en 1820.

En palabras de Macpherson, James Mill "empieza con la afirmación de lo que es, sin duda, *el postulado más extremo que jamás se haya hecho, ni antes ni después, acerca del egoísmo,* esa gran ley de la naturaleza humana. De este postulado se desprendía que quienes no tenían poder político estarían oprimidos por quienes sí lo tenían. El voto era poder político [. . .]. Por eso todos necesitaban el voto para protegerse. Todo lo que no fuera 'un voto por persona' sería inútil, en principio, para proteger a todos los ciudadanos contra el gobierno" (p. 51; la bastardilla es mía). Las razones de James Mill son todavía más claras: en paráfrasis de Macpherson, "no cabe temer ningún peligro de la concesión del sufragio a la clase baja, porque la inmensa mayoría de esa clase se dejaría guiar siempre por la clase media" (p. 55). Pero en un artículo titulado "On the Ballot", James Mill agrega lo siguiente:

> "Por ende, creemos que el negocio del gobierno es, y debe ser, el negocio de los ricos, los cuales siempre lo obtendrán, por las buenas o por las malas. [. . .] Si lo obtienen por las malas, el gobierno será malo. Si lo obtienen por las buenas, [. . .] el gobierno será bueno. El único medio bueno de obtenerlo es por el sufragio libre del pueblo" (p. 55 de Marcpherson).

Después de esta cita de un clásico del liberalismo, la discutida caracterización del Estado "como un comité administrativo de la burguesía", que suscribe Marx en el *Manifiesto comunista,* adquiere un aire de extraordinaria familiaridad y es además fiel a las realidades de la época, en que regía el voto calificado por la propiedad o el ingreso. El sufragio universal de los varones se introdujo recién en 1884, un año después de la muerte de Marx.

6. La introducción del modelo N° 2 (cap. 3), que en realidad es un fantasma bifronte, al que Macpherson dignifica con la calificación de "democra-

---

histórica y la justificación del capital. Precisamente con él crea inconscientemente [. . .] las condiciones materiales para una forma de producción superior" (*El Capital,* Madrid-México, 1983, Siglo XXI Editores, t III, vol. 6, pp. 332-333).

cia como desarrollo", comienza con el contraste entre las concepciones humanitarias de Stuart Mill y sus predecesores: "Mill nos pasó por alto la función puramente protectora del sufragio democrático [. . .] pero [. . .] no insistía tanto en *la mera operación defensiva,* sino en lo que la democracia podía aportar al desarrollo humano" (pp. 61-62). Y agrega de manera definitoria: "El modelo de democracia de Mill es un modelo moral" (*ibid.;* la bastardilla es mía). Lejos de ser un vulgar consumidor infinito, "el fin del hombre [. .] es el desarrollo más alto y armonioso de sus facultades hasta alcanzar un todo completo y coherente (*On Liberty,* cap. 3), en plena concordancia con lo que dirá más tarde Marx en el tomo III de *El capital,* cap. 48. La democracia es ahora un medio para alcanzar esa meta. En *Principles of Political Economy* Stuart Mill se burló de "esa forma de progreso económico que provoca las congratulaciones de los políticos al uso: el mero aumento de la producción y la acumulación" (citado por Macpherson, p. 66).

Son muy conocidas las críticas de Stuart Mill al capitalismo de su tiempo; también su rechazo de la definición puramente cuantitativa de la felicidad que sustentaron Bentham y James Mill, de modo que los pasaremos por alto, para concentrarnos en el tema de la democracia política. Stuart Mill creía que la participación en el proceso democrático mejoraría a los hombres en cuanto a "intelecto, virtud, actividad práctica y eficacia" (p. 66). Pero se vio frente a un dilema particularmente dramático. Según él,

> "los gobiernos deben ser construidos por los seres humanos tal como son éstos, o como son capaces de llegar a ser pronto, y en cualquier estado de instrucción que la humanidad [. . .] haya alcanzado o pueda alcanzar pronto" (*Representative Government,* cap. 6; p. 71 de Macpherson).

Es sin duda un rasgo de sabiduría considerar al hombre tal como es. Pero "en esas circunstancias –pregunta Macpherson– ¿qué pasaría si todo el mundo tuviera un voto?" La respuesta es triste: en palabras del propio Mill, la clase más numerosa, en caso de alcanzar el poder, "seguiría sus propios intereses egoístas y sus ideas miopes acerca de lo que les conviene, en contra de la justicia a expensas de todas las demás clases y de la posteridad" (*ibid.;* pp. 71-72 de Macpherson). La solución de Mill es el *voto plural:* "Todos deberían tener un voto, pero algunos deberían tener varios" (p. 72). Porque "no es útil, sino nocivo, que la constitución del país declare que la ignorancia tiene derecho a tanto poder político como el conocimiento" (*ibid.,* cap. 8; p. 74 de Macpherson).

Así es como aparece el modelo N° 2 A, que Macpherson defiende contra el N° 1: el modelo N° 2 A "es aritméticamente [*sic*] un paso atrás

respecto del modelo N° 1 [. . .] pero en su dimensión moral [. . .] es más democrático [*sic*]. El modelo N° 2 A no se queda satisfecho con los individuos como son, con el hombre como un consumidor y un apropiador infinito. Aspira a pasar a una sociedad de individuos más desarrollados humanamente, y desarrollados en forma igual" (p. 75; los sucesivos *"sic"* entre corchetes son de mi propiedad). No es ocioso observar que Macpherson no ha explicitado el sentido de la expresión "moralmente más democrático", si bien puede conjeturarse que la *mayor democracia moral* se identifica con el *mayor desarrollo de las capacidades humanas*. ¿Pero dónde está el límite del "retroceso aritmético" compatible con esta presunta superioridad? ¿Seguiría siendo el sistema de Mill "moralmente más democrático" aunque el sufragio fuera suprimido totalmente, quizás en una sociedad gobernada por un dictador benévolo?

Ya señalamos en la sección 1 el uso abusivo del término "democrático" en este contexto; ahora podemos agregar que su defensa de Mill abre las puertas al perfeccionismo y puede sugerir alguna forma de autoritarismo ilustrado. Es también muy visible la arbitrariedad con que califica de "modelo moral" al modelo de Mill, en contraste con el anterior, que incluye explícitamente un Principio ético orientador de las leyes y las instituciones. Se puede preferir el ideal de Hombre sustentado por Stuart Mill y rechazar el de su padre, así como tomar partido entre las divergentes concepciones de la felicidad; pero *ambos* modelos tienen un claro contenido moral. Después de todo, lo que Bentham buscaba era "la promoción de la felicidad", en lo que no se distinguía del propio Kant.[8]

7. Aunque Macpherson reserva para Mill críticas muy variadas, éstas se refieren esencialmente al carácter "irrealista" de su reformismo, que al igual que el modelo N° 2 B "no advertía las consecuencias *necesarias* de la sociedad capitalista" (p. 65; la bastardilla es mía), junto al hecho de que aceptaba, pese a todo, "el sistema competitivo de mercado" (p. 77), incompatible según Macpherson con el desarrollo humano. No me detendré en el detalle de sus objeciones, pero me gustaría defender a Stuart Mill de la acusación de "irrealismo". Es ya un hecho histórico que su reformismo fue mucho más realista y visionario que el revolucionarismo de Marx, quien estaba cegado por el dogma de que el "modo de producción" determina férreamente el "modo de distribución" de los bienes, lo que fue

[8] De acuerdo con la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, no sólo "deberé (. . .) intentar fomentar la felicidad ajena" (p. 103); también "es un deber asegurar la felicidad propia" (p. 36). La paginación corresponde a la edición castellana de Espasa Calpe, Colección Austral, 1962.

negado juiciosamente por Mill en sus *Principios de economía política*[9]. Por eso creía Marx, en contraste con la "ingenuidad" de Mill, que "la más ínfima mejora de la situación del proletariado *sigue siendo una utopía en el seno de la República burguesa*, utopía que se convierte en crimen desde que ella quiere realizarse".[10] Esta frase singular, que identifica la "utopía reformista" con el crimen, puede completarse con una afirmación que Engels hizo muchos años más tarde: "Esperar del modo capitalista de producción otra distribución de los productos, sería como esperar que los dos electrodos de una batería, mientras estén conectados con ésta, no descompongan el agua ni liberen el oxígeno en el polo positivo e hidrógeno en el negativo".[11]

8. En cuanto al modelo N° 2 3 (Lindsay, MacIver, Dewey), es simplemente el "modelo de desarrollo" de Mill despojado de sus restricciones no igualitarias y con el agregado de sufragio universal. Es en relación con el sufragio irrestricto que Macpherson introduce el tema de los partidos políticos, en una sección titulada sugestivamente "la doma del sufragio democrático" (p. 79). Sostiene que el sistema de partidos logró "domesticar [*sic*] a la democracia" (p. 80) y que ello explica por qué "el sufragio universal de los varones no trajo consigo el gobierno de clase que había temido Mill" (*ibid.*). Su diagnóstico es categórico:

> "La función principal que ha desempeñado [. . .] el sistema de partidos ha sido suavizar [. . .] los conflictos de clase [. . .] con objeto de proteger las instituciones de propiedad existentes y el sistema de mercado" (p. 81).

El autor da por supuesto, al parecer, que esto es malo, en lugar de bueno, y no toma en cuenta el efecto combinado de la legislación social, el aumento general de la riqueza y las diversas reformas que condujeron a una redistribución más igualitaria de los ingresos. Es bastante natural que todo ello haya producido cierta comunidad de intereses entre "el sistema" y los diversos componentes de ese conglomerado heterogéneo de Macpherson llama "la clase numéricamente más numerosa". Es cierto que Macpherson reconoce que no todo es culpa de los partidos: otros factores contribuye-

---

[9] Sobre este punto cf. las breves e interesantes observaciones de R. L. Heilbroner en *Vida y doctrina de los grandes economistas* (Madrid, Ediciones Orbis, 1984), vol. 1, pp. 185-188.

[10] Marx y Engels, *La lucha de clases en Francia* (Claridad, 1946), p. 62.

[11] Federico Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico* (Buenos Aires, Organización Editorial, 1971), p. 74.

ron también a socavar "la división bipolar de clases", tanto en los EE.UU. como en Inglaterra y Europa occidental; en los EE.UU., por ejemplo, "la clase más numerosa [. . .] quería el capitalismo privado y la economía de mercado" (p. 83). Es sin duda un detalle interesante.[12] Pero estas circunstancias no bastan para redimir a los partidos políticos:

> "La conclusión general es que el sistema de partidos ha sido el medio de reconciliar el sufragio universal e igual [. . .] con una sociedad desigual. Lo ha logrado al difuminar las cuestiones y reducir la responsabilidad del gobierno ante los electorados. [. . .]*Así ha fracasado, como tenía que fracasar*, en cuanto a inducir la participación popular generalizada [. . .] y no ha logrado el desarrollo del individuo activo como ciudadano, ni ha promovido *la comunidad moral*" (p. 86; la bastardilla me pertenece).

El autor no aclara qué entiende por "comunidad moral", ni cuáles son los límites posibles de la "participación popular generalizada"; que estos límites no son tan amplios como su crítica sugiere se verá al examinar su modelo de "democracia participativa". Su ataque a los partidos políticos reaparece en forma más sofisticada en el capítulo IV, dedicado al modelo N° 3: el de la democracia como equilibrio, al que considera una descripción básicamente exacta "del sistema real imperante hoy día" (p. 102).

9. La sección que introduce el modelo N° 3 se titula "La analogía empresarial de mercado", y establece un paralelismo sistemático entre el modelo económico empresarial y el modelo político que examina, adaptando al segundo la terminología propia del primero.

Las "estipulaciones principales del modelo" (p. 96) son al parecer las siguientes:[13]

---

[12] La situación era aún más patética en Inglaterra, según lo revela una lamentación de Engels a Marx de 1858: "El proletariado inglés se está aburguesando cada vez más, de tal manera que ésta, la más burguesa de las naciones, aparentemente tiende a poseer una aristocracia burguesa y un proletariado burgués además de una burguesía" (*Correspondencia Marx-Engels*, Editorial Cartago, Bs. As., 1972, p. 105, carta Nro. 41). No deja de ser interesante la reflexión que sigue a este lamento: "Lo único que podría hacer algo aquí serían algunos años muy malos, y desde los descubrimientos auríferos no parece fácil que vengan" (*loc. cit.*). La carta contiene también una perplejidad: ". . . de ninguna manera se me aparece claro el modo en que ha sido absorbida la masa de superproducción que provocó la crisis; ese reflejo tan rápido después de una marea tan violenta no había ocurrido antes" (*loc. cit.*).

[13] La exposición del autor es informal y digresiva; no ofrece una formulación sistemática sobre los componentes del modelo. Lo que sigue pretende ser una reordenación plausible de las afirmaciones de Macpherson.

(i) "la democracia no es más que un mecanismo para elegir gobiernos (p. 96);
(ii) "el mecanismo consiste en una competencia entre [. . .] grupos autoelegidos de políticos (élites), organizados en partidos políticos, a ver quién consigue los votos que les darán derecho a gobernar" (p. 96);
(iii) "el papel de los votantes no es el de decidir cuestiones políticas" sino "el de elegir a los hombres que tomarán las decisiones" (p. 96);
(iv) "La democracia es [. . .] un mecanismo de mercado: los votantes son los consumidores de "mercaderías políticas"; los políticos son los empresarios" (p. 97);
(v) el modelo "ofrece un sistema de partidos políticos empresariales que brindan series surtidas [*sic*] de mercaderías políticas, de entre las cuales los votantes eligen una por mayoría" (p. 98; el *"sic"* me pertenece).
(vi) se supone que este mecanismo "produce un gobierno estable que equilibra la oferta y la demanda de mercaderías políticas" y que
(vii) reina en un grado razonable la "soberanía del consumidor" (p. 98); finalmente,
(viii) "la capacidad de los ciudadanos para sustituir a un gobierno por otro los protege contra la tiranía" (p. 97).

He incluido en último término la protección contra la tiranía porque este rasgo común a todos los modelos de democracia liberal aparece en el libro de Macpherson casi por azar, no iluminado siquiera por el énfasis más modesto; en la p. 110 leemos que "el argumento en pro del modelo N° 3 queda reducido a poco más que la *mera* [*sic*] función de protección contra la tiranía" (la bastardilla y el *"sic"* me pertenecen).

Antes de exponer las objeciones de Macpherson al modelo N° 3, conviene observar que la envoltura verbal con que lo describe implica un matiz descalificante: no es lo mismo hablar de "series surtidas de mercaderías políticas" que de "una amplia gama de propuestas políticas". Al menos en el contexto valorativo de su libro, este uso del lenguaje analógico es ya una forma de acusación.

El lector puede verificar esta distorsión terminológica acudiendo a la fuente del modelo N° 3: el texto original de J. A. Schumpeter, donde este autor formula su teoría de la democracia de manera lúcida y sobria.[14] En rigor, Schumpeter ofrece una *interpretación* de cómo funciona de hecho la democracia en los países capitalistas avanzados y no una mera propuesta,

[14] J. A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Londres, 1966, Unwin University Books, Cap XXII: "Another Theory of Democracy".

planos no siempre bien distinguidos en la exposición de Macpherson. Por eso es importante advertir el hecho obvio de que la interpretación de Schumpeter no es la única posible.

La primera objeción de Macpherson al modelo N° 3 es de carácter ético. Este modelo sería un retroceso moral respecto del 2 B: ni se propone "mejorar a la humanidad" ni confiere a la "participación" un valor intrínseco (p. 97). Además, también "el pluralismo del modelo N° 3 [o sea la pluralidad de intereses y propuestas en juego] excluye el elemento ético [del] 2 B: Trata a los ciudadanos como meros consumidores políticos y a la sociedad política como una mera relación análoga a la del mercado entre los ciudadanos y los proveedores de mercaderías políticas" (p. 99). Sin discutir las diferencias reales entre ambos modelos, es fácil percibir que el panorama sombrío que presenta Macpherson es en realidad el producto de su propio lenguaje analógico: una terminología diferente daría sin duda una visión más optimista del pluralismo del modelo 3, contenido en el punto (v).

Hay también objeciones más serias. El autor sostiene (pp. 104-112)

(a) que en la medida en que el mercado político es competitivo responde a lo que los economistas llaman "la demanda efectiva", o sea a los deseos de los hombres y mujeres de fortuna ("Poderoso caballero/ es Don Dinero", dijo ya el gigantesco Francisco de Quevedo y Villegas), lo cual

(b) convierte en ilusoria la "soberanía del consumidor", y

(c) produce la apatía de los consumidores políticos modestos; por lo tanto,

(d) el "proceso equilibrador (de la oferta y la demanda) no es democrático";

(e) pero lo cierto es que el mercado político no es realmente competitivo sino "oligopólico"; la razón es que "no hay más que unos cuantos [. . .] proveedores de mercaderías políticas, o, en otros términos, unos pocos partidos políticos" (p. 108) y "cuando hay tan pocos vendedores éstos no necesitan responder a las demandas de los compradores" y hasta "pueden crear ellos mismos la demanda" *(loc. cit.)*, como lo hace la publicidad comercial.

No deseo disminuir la importancia de algunas de estas afirmaciones, muy difundidas en la literatura politológica. Pero su discusión seria exigiría no sólo un análisis teórico cuidadoso sino además el manejo de una cantidad considerable de material empírico, que se halla ausente por completo en la exposición de Macpherson, aunque el autor remite a una copiosa bibliografía. Pueden formularse sin embargo algunas reservas que surgen de manera inmediata. ¿Cuántos partidos políticos hacen falta *exactamente*

para que el sistema deje de ser oligopólico? ¿Es seguro que la apatía política se debe fundamentalmente, como se sugiere a lo largo del libro, al fenómeno de la "demanda efectiva"? ¿Es tan evidente que cierto grado de apatía electoral es un hecho *siempre* negativo? ¿No podría constituir, en determinadas condiciones, un síntoma positivo de confianza en el sistema, como se ha sostenido con buenos argumentos?

Por otra parte, es conveniente distinguir entre la "participación *política*" en sentido estricto y la "participación" de los ciudadanos en asuntos de interés común. En este sentido más general, el autor da dos ejemplos sugerentes: las "asociaciones de barrios" para impedir el deterioro ambiental y los movimientos que proponen la participación de los obreros y empleados "en la formulación de decisiones en el lugar de trabajo" (pp. 124-125). Hay buenos argumentos en favor de ambas cosas; pero no veo cuál es su incompatibilidad con el sistema político del modelo N° 3.

El énfasis en el factor distorsionante del poder económico desigual es un punto básico de la crítica marxista a la democracia liberal, y no puede pasarse por alto fácilmente. Pero la relación entre economía y política dista de ser simple, y las afirmaciones apriorísticas son vulnerables al contraejemplo histórico:

> "Aunque la distribución del poder económico es ciertamente un factor que afecta el funcionamiento de las instituciones democráticas, no puede darse por supuesto que su influencia opera en un solo sentido. Sean cuales fueren las relaciones entre un partido democrático y los intereses económicos sectoriales, sus líderes políticos tienen su propio interés independiente en el poder, que puede producir compromisos reticentes con sus sostenedores financieros. La extensión de las libertades políticas en la Inglaterra del siglo X X fue realizada por partidos que luchaban entre sí por la búsqueda de votos antes que por la protección de los intereses de las clases propietarias que los financiaban. *Es incuestionable que esas clases perdieron muchas de sus ventajas anteriores como resultado directo de esa competencia*".[15]

Retornemos ahora al modelo N° 3. Macpherson lo despide con un diagnóstico curioso: "Este modelo se seguirá aceptando [. . .] mientras [. . .] sigamos prefiriendo *la abundancia a la comunidad*" (p. 111; la bastardilla es mía). Este dilema oscuro vuelve a introducir de manera casi mística un concepto de "comunidad" nunca explicado, en estrecha relación con el "sentimiento de comunidad" (p. 120), al que exalta con reiteración, dando por supuesto que se trata de algo siempre bueno, con prescindencia del

---

[15] S.I. Benn y R.S. Peters, *op. cit.*, p. 339. La bastardilla es mía.

marco moral en que se lo ubique. Macpherson tampoco explica las razones de la presunta incompatibilidad entre los dos términos del dilema.

Nos resta presentar los modelos del propio Macpherson. Curiosamente, su utopía permitirá al lector una apreciación más ecuánime de los modelos anteriores.

10. El autor comienza descartando la posibilidad de la democracia directa: "Parece evidente que, a nivel nacional, será necesario [. . .] algún tipo de sistema representativo, y no una democracia completamente directa" (p. 115). Sus argumentos son lúcidos y convincentes. Ya en su propio dominio imaginario, el autor se muestra cauteloso.

El resultado neto es que "los gobiernos tendrán que seguir adoptando muchas de las decisiones reales" (p. 116), pues "en nuestras sociedades complejas (*sic*)" el ciudadano común no está en condiciones ni de formular la mayor parte de las preguntas (por ejemplo, sobre el porcentaje de desempleo para reducir la inflación en un *x* por ciento) ni de proporcionar las respuestas necesarias "para dar una directriz clara" (*loc. cit.*). C. B. Macpherson he tomado nota, por fin, de la existencia de la complejidad. Lo interesante es que esto no tiene remedio: será así "en cualquier sociedad futura previsible" (p. 117). De modo que hay una amplia gama de importantes cuestiones respecto de las cuales el papel de los votantes no será decidir, sino "elegir a los hombres que tomarán las decisiones", como se estipula en el modelo N° 3.

El autor introduce finalmente su modelo N° 4 A, que califica como "una primera aproximación" (p. 130). Se trata de una 'democracia liberal' participativa "sin partidos o con un solo partido" (p. 135), que describiremos con sus propias palabras:

> "Es un sistema piramidal con la democracia directa en la base y la democracia delegada en todos los niveles por encima de ella. Así, se empezaría con una democracia directa al nivel del barrio o la fábrica . . . y elecciones de delegados que formarían un consejo al nivel más amplio inmediato, como por ejemplo el distrito de una ciudad. Los delegados tendrán que contar con suficientes instrucciones de los electores y ser responsables ante ellos, con el objeto de que las decisiones del consejo sean bastante democráticas. Y así . . . hasta el nivel más alto, que sería un Consejo Nacional" (pp. 130-131).

El mecanismo de la toma de decisiones concuerda con el carácter piramidal del sistema: "En cualquiera de los niveles por encima del primario más bajo en los que se adoptaran las decisiones definitivas [. . .] las cuestiones las debería formular un comité del consejo" (p. 131). Suponemos que se trata de un comité de "expertos". Imprevisiblemente, la contemplación de esta pirámide política provoca en Macpherson una reflexión melancóli-

ca: "Es posible que esto parezca distar mucho del control democrático. Pero creo que es lo máximo que puede hacer" (p. 131).

Como el N° 4 A pretende ser un modelo de "democracia liberal *participativa*", donde la participación es el elemento definitorio diferencial, importa señalar que según el autor "no puede haber garantías" de que no retorne la apatía política ciudadana y que tal retorno "sería [nada menos que] la destrucción del sistema" (p. 134). Este punto clave muestra que algo anda mal en la mística de la participación, no insertada en mecanismos institucionales más sobrios y previsores. Una sociedad justa concebida astutamente debe hacer posible que sus miembros adopten los planes de vida que deseen, sin incluir necesariamente la actividad política. Es indudable que una sociedad democrática requiere al menos un grado mínimo de participación; pero es previsible que este requerimiento sea satisfecho por los planes de vida de muchas personas, como los políticos profesionales y los miembros de los diferentes partidos, sin olvidar la virtud dinamizante de las elecciones periódicas sobre la población en general. Es poco serio proponer un modelo cuya existencia misma depende de un factor tan poco confiable como la participación masiva permanente, cuyo fracaso podría inducir a implementar el "movilizacionismo permanente" desde las posiciones de poder.[16]

Recordemos que el modelo N° 4 A excluye a los partidos políticos. El autor advierte que este hecho "no resulta adecuado para las naciones occidentales de fines del siglo XX, pues parece improbable que ninguna de ellas llegue [. . .] a la democracia participativa por la vía de la toma revolucionaria del poder por un solo partido. Es mucho más probable que un gesto de este tipo se haga bajo la dirección [. . .] de una coalición de partidos socialdemócratas y socialistas" (p. 135). En vista de ello, "la verdadera cuestión es si existe alguna forma de combinar una estructura piramidal de consejos con un sistema de partidos competitivos" (*loc. cit.*).

La respuesta es el modelo N° 4 B. Tal combinación es posible porque los partidos perderían en la nueva sociedad la función de diluir "la oposición de clases" y hasta podrían cumplir una función "deseable". Las posibilidades de combinación son dos:

(A) "Sustituir la estructura occidental parlamentaria o de congreso/presidente por una estructura tipo soviet" (p. 136);

(B) "mantener la estructura actual del gobierno y confiar en que los

---

[16] Sobre participación y movilizacionismo cf. Torcuato S. Di Tella, *Sociología de los procesos políticos*, cap. VIII: "Violencia y Revolución". El texto hace referencia a la importante distinción entre "dos modos de participación: el movilizacionista y el asociacionista" (p. 144).

propios partidos funcionarán por participación piramidal" (*loc. cit.*), en una sociedad sin clases.

Esto es todo. Aquí termina la utopía, cuya versión 4 A posee una visible rigidez de aire corporativo. En cuanto a la variante (A) de la segunda versión, me limitaré a observar que la referencia a la "estructura del soviet" es demasiado sumaria, tratándose de una institución que sufrió desde sus inicios transformaciones importantes, pues "los soviets eran en sus orígenes organizaciones profesionales y no territoriales", como lo fueron después. [17] No menos brumosa es la variante (B), cuyas presuntas ventajas pertenecen al reino de la especulación, que dejamos a cargo del lector inquisitivo. ¡Qué bellas eran las democracias liberales de antaño!

CONICET
INSTITUTO DI TELLA